

A detailed mosaic of the profile of the Roman Emperor Tiberius, facing right. The mosaic is composed of small, irregular tiles in shades of white, grey, and green. The emperor's face is the central focus, with his features clearly defined by the tiles. He is wearing a laurel wreath, which is visible as green tiles around his head.

TIBERIO CÉSAR

NÚRIA
CADENES



LA HISTORIA DE TIBERIO,
HIJO DE LIVIA,
SUCESOR DE AUGUSTO,
SEGUNDO EMPERADOR DE ROMA,
DESPIADADO Y CONQUISTADOR

NÚRIA CADENES
TIBERIO CÉSAR

Traducción de Olga García Arrabal



© Núria Cadenes Alabèrnia, 2023
© De la traducción: Olga García Arrabal, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2025

Preimpresión: Realización Planeta

Depósito legal: B. 13.723-2025
ISBN: 978-84-670-7841-1

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: CPI Black Print
Impreso en España - *Printed in Spain*



ÍNDICE

Casa Julio-Claudia	14
No hay águilas en el cielo	17
<i>Sic placitum</i>	
He aquí mi voluntad, VIRGILIO	22
<i>Aspera Iuno</i>	
La áspera Juno, VIRGILIO	29
<i>Horresco referens</i>	
Me estremezco al contarlo, VIRGILIO	33
Escribonia	37
<i>Est nobis uoluisse satis</i>	
Nos basta con haber querido, TIBULO	44
<i>Factum abiit; monimenta manent</i>	
El hecho ha pasado; los recuerdos permanecen, OVIDIO	48
<i>Nolito fronti credere</i>	
No te fíes de la cara, MARCIAL	56
<i>Nil nimis</i>	
Nada en exceso, TERCENIO	64
Marcelo	69
<i>Marsus aper</i>	
Un jabalí marso, HORACIO	76

<i>Sine clade uictor</i>	
Vencedor sin pérdida, HORACIO	82
<i>Tandem uenit amor</i>	
Finalmente has llegado, amor, SULPICIA.....	89
<i>Flammaque de stipula nostra breuisque fuit</i>	
Breve fuego de estopa fue el nuestro, OVIDIO	94
<i>Bellum atrox aut sterilem pacem</i>	
Guerra atroz o paz estéril, TÁCITO	98
<i>Uxor mea est</i>	
Es mi esposa, SÜETONIO.....	102
<i>Vive, vale</i>	
Vive, y cúdate, HORACIO	105
<i>Non sine magno angore animi</i>	
No sin gran pesar de espíritu, TÁCITO.....	109
<i>Inter audaces lupus errat agnos</i>	
Un lobo vaga entre corderos temerarios, HORACIO.....	113
<i>Ab Ioue surgat opus</i>	
Por Júpiter, que comience la obra, OVIDIO	117
Druso el Viejo	122
<i>Bruma recurrit iners</i>	
Vuelve el aletargado invierno, HORACIO	127
<i>Haec aetas moribus apta meis</i>	
Esta época se ajusta a mis preferencias, OVIDIO.....	130
<i>Liberae sunt enim nostrae cogitationes</i>	
Nuestros pensamientos son libres, CÍCERÓN	133
<i>Sed flos erat ille caducus</i>	
Pero aquella flor era efímera, OVIDIO	138
<i>Cum dignitate otium</i>	
Ocio con dignidad, CÍCERÓN	143

<i>O pectora caeca!</i> ¡Oh, corazones ciegos!, LUCRECIO	148
<i>Italiam quaero patriam</i> Busco a Italia, mi patria, VIRGILIO	153
<i>Ego me nunc denique natum gratulor</i> Yo me alegro de haber nacido ahora, OVIDIO.	160
<i>Morsque minus poenae quam mora mortis habet</i> Morir es menos penoso que aguardar la muerte, OVIDIO	165
Cayo César	171
<i>Laudamus veteres, sed nostris utimur annis</i> Alabamos los tiempos antiguos, pero nos aprovechamos de los nuestros, OVIDIO.	177
<i>Nec mora nec requies</i> Ni tregua ni descanso, VIRGILIO.	181
<i>Quis ille flebilis sonus?</i> ¿Qué sonido lloroso es ese?, TÁCITO	186
<i>Arma uirumque cano</i> Canto a las armas y al héroe, VIRGILIO	189
<i>O miseri, quae tanta insania, ciues?</i> Oh, desventurados ciudadanos, ¿qué locura tan grande es esta?, VIRGILIO.	194
<i>Stat sua cuique dies</i> Cada uno tiene su día fijado, VIRGILIO	201
<i>Iamque faces et saxa uolant</i> Y ya quieren teas y piedras, VIRGILIO	205
<i>Lacrimas gaudium, questus adulationem miscebant</i> Mezclaban las lágrimas y el gozo, los lamentos y la adulación, TÁCITO	212
Julia	221

<i>Cedo alteram</i>	
«Dame otra», TÁCITO	229
<i>Iulia Augusta Genetrix Orbis</i>	
Julia Augusta, madre del mundo, moneda de bronce . .	235
<i>Permissa uulgo licentia atque ultio et sacietas</i>	
Se permitió a la multitud la licencia, y la venganza y la saciedad, TÁCITO	240
<i>Quam quisque norit artem, in hac se exercea</i>	
Que cada uno ejerza el arte que domina, CICERÓN	244
<i>Quocumque aspicio, nihil est nisi mortis imago</i>	
Dondequiera que vuelva los ojos, tan solo veo la imagen de la muerte, OVIDIO	248
<i>Omne ignotum pro magnifico est</i>	
Todo lo desconocido se tiene por magnífico, TÁCITO .	254
<i>Uoluntatum, studiorum, sententiarum summa consensio</i>	
La máxima concordancia de voluntades, de gustos, de principios, CICERÓN	259
<i>Dux femina facti</i>	
Una mujer capitanea la empresa, VIRGILIO	266
<i>Quid homines suspicentur uidetis</i>	
Ya veis qué sospechas circulan entre la gente, CICERÓN	272
Thusnelda	277
<i>Quotus quisque reliquus qui rem publicam uidisset?</i>	
¿Cuántos quedaban que hubiesen visto la República?, TÁCITO	281
<i>Ex ungue leaenam</i>	
Por la uña se conoce a la leona, Proverbio	288

<i>Causa in occulto</i>	
La causa, muy en secreto, TÁCITO	293
<i>Nos quoque floruimus</i>	
También florecimos nosotros, OVIDIO	300
<i>Nullo aduersante</i>	
Nadie se atrevió a oponerse, TÁCITO	304
Druso el Joven.	309
<i>Sic uoluere Parcas</i>	
Así fue como lo hilaron las Parcas, VIRGILIO	314
<i>Ubi cadauer abieceris?</i>	
¿Dónde has arrojado el cadáver?, TÁCITO	319
<i>Omnia uertuntur</i>	
Todo se trastoca, PROPERCIO	324
<i>Neque enim ignari sumus ante malorum</i>	
No ignoramos hoy las desgracias anteriores, VIRGILIO	329
<i>Sine miseratione, sine ira</i>	
Sin piedad, sin ira, TÁCITO	336
<i>Per uxorium ambitium</i>	
Por la ambición de una mujer, TÁCITO	345
<i>Incertum metu an per inuidiam</i>	
Quién sabe si por prudencia o por celos, TÁCITO	351
<i>Tam multae scelerum facies!</i>	
¡Tantas son las formas del crimen!, VIRGILIO	356
Agripina.	364
¡Tiberio al Tíber!	372

NO HAY ÁGUILAS EN EL CIELO

No hay águilas en el cielo. Si las hubiese tampoco podría verlas, así de espesa es aquí la capa que forman las hayas esbeltas, altísimas, brillantes de hojas nuevas que a duras penas permiten un hilo de espacio gris que recorre más o menos la senda, pero Tiberio sabe que no hay águilas en el cielo de Germania. No alza la vista. No le hace falta y no quiere hacerlo. Mantiene expresamente, muy a conciencia, la mirada al frente, los hombros rectos, la actitud de estatua sobre el caballo que ahora relincha de frío. El aliento del animal se suma a una niebla pegajosa que se aparta a su paso, resbaladiza como el agua gris de un pantano que cubriese el camino y toda su orilla. Hasta donde alcanzan sus ojos habituados a la penumbra, observa esta monótona repetición del mundo: los árboles, la niebla, los árboles, la niebla, los árboles, la niebla. Aún debe de tener algo de fiebre. Si se dejase llevar, el vaivén tranquilo del caballo, las pisadas de miles de pies, el tintineo metálico de los hombres marchando como un fondo rítmico para los sentidos, se dormiría. Y sería capaz de mantenerse derecho y de no caerse y de llegar así a la llanura que los espera un puñado de millas más adelante, cuando por fin él levantará la mano y se propagarán las órdenes y sonarán los cuernos y las tubas para que esta tierra que tanto cuesta someter se sienta de nuevo

amedrentada al oír el aviso de las legiones que se desplegarán en espectáculo.

Esta vez, Tiberio no ha empleado esfuerzo alguno en la sorpresa. Al contrario. Si en algún momento alguien, algún jefe con los ojos feroces de cicatrices bajo la barba o algún guerrero con el torso desnudo y el pelo anudado por encima de la oreja, o alguno de sus hijos que corren jugando al escondite entre las casas de tejados bajos, ha llegado a pensar remotamente que han hecho tambalearse la determinación de Roma, hoy comprobará hasta qué punto la esperanza es vana cuando tan solo se sustenta en el deseo.

Ha organizado con mucho esmero la devastación. Por eso está aquí. Los meses de penurias, las noches sin dormir, compartir el rancho más frugal, servir de ejemplo, restablecer la disciplina, los castigos, que las levass forzosas aprendan a levantar las vallas de los campamentos, a transportar la impedimenta, a cumplir las órdenes, que los veteranos reencuentren el debido respeto a las águilas. Con el honor y con el miedo, así ha reorganizado Tiberio unas legiones heridas por la carcoma de la desidia.

Así se prepara para limpiar la infamia del ejército que perdió Quintilio Varo.

Durante diez días convertirá en cenizas buena parte del país de los marsos. Los campos y los bosques y los animales y los pueblos y la gente que allí vive.

Ha dejado que la llegada de las legiones se fuese anunciando por sí misma. Pum-pum-pum-pum. Implacable como ella misma. Inmisericorde y fría como ella misma en la venganza, en la demostración de la fuerza invencible que posee y que representa. Han vuelto para restablecer el orden del mundo, porque aún no hace dos

años del desastre de Varo y la herida supura abierta de dolor y de resentimiento y de las cosas que de ninguna manera se pueden permitir.

Han vuelto porque Tiberio Claudio Nerón jamás ha perdido una batalla.

Les ha permitido agrupar una especie de defensa. Más exactamente, les ha permitido pensar que podrían hacerlo. Y ahora tendrá enseguida a los marsos golpeando los escudos al otro lado del pequeño llano, enardecidos y desesperados. Puede que hayan previsto algunas trampas. Seguro que lo han hecho. No tienen ninguna posibilidad.

Mientras ascendía por el río Lupia, Tiberio pensaba en su hermano. Él estableció el campamento. Él marcó los caminos que ahora han podido recorrer. Él y su amplia sonrisa.

Cuánto lo echa de menos.

Es que yo te tengo por media persona, le decía a veces, y Tiberio no le respondía ni que sí ni que no, pero ahora nota el ahogo, el vacío en los pulmones, la parte de sí mismo que siempre le falta.

Si los dioses le pidiesen un brazo a cambio de devolverle a Druso del Hades, se lo entregaría.

Pero los dioses no piden nada.

Nada de nada.

Más bien lo toman.

Como si ese fuese el precio que consideran que debe pagar por ser quien es, por estar donde está, por cada escalón que la vida le ha permitido subir.

Pronto llegarán a su destino. El caballo resolla como si ya notase el aire menos denso del claro, como si presintiese el peligro que les aguarda. Tiberio le da una palmada amistosa en el cuello con la mano izquierda.

Debería concentrarse en lo que vendrá ahora, la disposición de cada centuria, los arqueros, el movimiento de los flancos, las oleadas, pero en realidad sabe que no lo necesita. Lo tiene todo muy preparado. Cada cual sabrá ejecutar la parte que le corresponde. Ahora piensa en las cartas. Las repasa mentalmente. La felicidad de recibir aquellas cartas.

Vale, queridísimo Tiberio, sé feliz en cada una de tus acciones.

Queridísimo.

Me dirijo a los dioses para que, ahora y siempre, te conserven en buena salud si no quieren la ruina del pueblo de Roma.

Ahora y siempre.

Cuando oigo y leo lo mucho que has enflaquecido a causa de todas tus fatigas, que los dioses me pierdan si todo mi ser no se estremece. Te ruego, por tanto, que te guardes, porque si nos enterásemos de que estás enfermo, yo y tu madre nos moriríamos, y el pueblo romano y el imperio entero estarían en serio peligro.

Yo y tu madre.

Han pasado casi siete años desde la adopción y Augusto nunca lo llama hijo. Ciertamente es que ahora gobiernan codo con codo, que con frecuencia reconoce sus méritos y que cuando le escribe muestra no solo confianza, sino afecto, pero mantiene esa línea marcada en el suelo. Tiberio sabe que no es algo que altere su futuro, que, pronto, cuando Augusto exhale su último aliento y sea necesario un sucesor, será él quien asumirá esa carga. Pero le duele igual. Se lo toma como un desaire, como una injusticia que comete en su contra precisamente quien menos debería hacerlo.

¡Y qué gran orden en tus campamentos! Realmente creo, Tiberio mío, que nadie, en medio de tantas dificul-

tades y con un ejército tan desmoralizado, habría actuado con tanta prudencia como tú lo has hecho.

Tiberio mío.

Que por tenerte tan lejos me cuesta tomar decisiones, que te necesito cuando algo me enoja, válgame el dios de los juramentos, que me haces falta, querido Tiberio, y que constantemente regresan a mi memoria los versos de Homero.

Y Augusto los escribe. Y Tiberio los recita porque también los conoce: *Si este viene conmigo, incluso del fuego que resplandece de llamas volveríamos los dos, porque en astucia pocos le superan.*

Se ha acabado el bosque.

Suenan las tubas.

Empieza la carnicería.

SIC PLACITUM

He aquí Nerón. O, más completamente, he aquí Tiberio Claudio Nerón, hijo de Druso Claudio Nerón, padre de Tiberio Claudio Nerón y, pronto, también de Nerón Claudio Druso, con los años que ya tiene, con la vida que ha vivido, y las batallas, y el exilio, y el regreso, tumbado en el banquete que celebra el matrimonio de su esposa con ese Octavio ambicioso que alza los brazos y dice: ¡Salve, Livia Drusila! ¡Salve, conquistadora! ¡Salve, nobilísima Claudia! ¡Salve, esposa de Nerón que ya ha dejado de serlo y que me quedo yo!

No, eso no lo dice.

El padre del pequeño Tiberio y de la criatura que dentro de tres meses nacerá en la casa de otro levanta la copa con todo el mundo y que todo el mundo lo vea.

Al son que dicta Octavio.

Octavio César, Octavio invicto, Octavio hiedra que asciende por la higuera y que tan rápidamente se ha divorciado de su Escribonia para casarse hoy con su destino, para hacer visible la paz que ha prometido, el retorno de los prohombres que hubieron de huir, la legitimidad, la respetabilidad que tanto ansía y que siempre necesita.

Octavio forja la alianza con la mejor de las familias patricias, une la casa Julia y la casa Claudia, se perfila

como el defensor de la libertad y de la República y de lo que haga falta defender, y Nerón, que se siente perdedor de todas las batallas, ya no tiene fuerzas para intentar salvar nada.

Ni fuerzas ni espíritu.

Ahora hay un momento de calma, las voces se acallan, las conversaciones se van por las ramas. Nerón contempla a Livia y le parece que está radiante: casi sale luz de su interior. Nunca la había visto así.

A pesar de hallarse en el centro de un cotilleo que será comentado durante años, con el vientre que ya tiene y que bajo los pliegues delicados del vestido anuncia que la criatura crece y se forma con todo el vigor de la casa Claudia, ella, que siempre evita a toda costa mostrar cualquier sentimiento, que con quince años se le ofreció como una rosa displicente, que lo acompañó valerosamente al exilio sin regalarle nunca, no obstante, ni un atisbo de ternura, una mirada, nada, ella, la concha de nácar finísima cerrada, contempla a su nuevo esposo, triunviro, joven, advenedizo, seguro de todo, y brilla como una estrella.

Brilla.

El pequeño que lleva en sus entrañas se llamará Druso para que nadie dude que se ha engendrado como es debido dentro del orden de las cosas. Tiberio, el hijo que ya tiene, permanece dormido a sus pies, acunado por el griterío del banquete.

De repente han aparecido las bailarinas. Equilibristas númeradas de piel bruñida. Octavio se ríe de oreja a oreja con los ojos como platos. Livia arruga la nariz muy ligeramente. La gente gesticula y vocifera, y Nerón aprovecha el jolgorio general para alejarse. Que necesito la letrina o un poco de aire o cualquier excusa por si acaso alguien lo

ve y se pregunta a dónde va el marido que ya no lo es. Pero no será necesario que dé explicaciones porque su escapada pasa desapercibida. Nunca ha sido hombre de los que llaman la atención y hoy, más allá de las miradas maliciosas y curiosas para ver, sobre todo, cómo lo lleva, y con qué cara, más allá de esa pequeña bajeza, no hay nada.

Una ráfaga de viento frío le da la bienvenida en el grandioso peristilo y agita con violencia los *oscilla* que cuelgan entre las columnas, mármoles circulares con delfines y con sátiros en relieve y que así deben proteger la casa y a quienes en ella moran, pero que ahora parece que le dijese fuera de aquí, déjanos a tu esposa y cede el paso al vencedor de Perusia, el destructor, el reconstructor, el hijo de Julio César que dice que te ha perdonado pero que fuera, que fuera, que basta.

El viejo Nerón, que en lengua de los antiguos sabinos quería decir bravo y valiente y osado, nota un peso trisísimo sobre los hombros. Se marea. Una náusea. Se reclina en el pedestal robusto que aguanta la estatuilla de Cupido. El pequeño dios parece tener ganas de volar hasta el centro del peristilo, donde está su madre, que hace ademán de caminar, serena, mostrando en una mano la manzana de Paris y alzando la otra hacia la cabeza para acabar de colocarse bien la palla. Un pecho descubierto. Los pies desnudos. La mirada inclinada hacia el agua que la rodea y que centellea, que no se sabe si es por efecto del sol o de la propia Venus y de la felicidad de poder hacerle de espejo.

Nerón suspira. Que no tiene tantos años en el cuerpo aún fibroso, aunque tal vez sí, y que le pesan.

Le pesan.

La música de la celebración le llega todavía medio amortiguada, contempla inmóvil el vigor verdísimo del

mirto que ofrece a la estatua de la diosa sus frutos oscuros, minúsculos, inquietantes bayas ciegas con bocas de estrella, y se deja llevar de inmediato por el hilo de sus pensamientos. De su añoranza. Siente, muy dentro, la punzada de una tristeza, de una injusticia. Repasa los días, de los muchos que acumula, de servicio a Roma y a lo que Roma significa, y no encuentra en sus actos elementos de gran reprobación. Ni grande ni mediana ni pequeña tampoco.

Lo mucho que ha hecho ha sido de buena ley. Por la República. Todo: comandar en Alejandría la flota de Julio César y darle la victoria que merecía. Ejercer los cargos con rectitud: de cuestor, de pontífice. Y luego, cuando cayó el dictador y se votaba suprimir las acusaciones abiertas contra Casio y Bruto como máximos responsables de su muerte, ponerse en pie con solemnidad en el Senado para reclamar que, además, se les ofreciese directa recompensa. Así lo dijo y eso hizo, porque lo consideraba justo. Restitutivo. Aunque significase la enemistad para siempre de la casa Julia. De todos los Julios con Octavio al frente. Enemistad latente mientras duró el triunvirato que se repartía el gobierno como quien trocea un ternero, con Lépido y Octavio y Marco Antonio vigilándose siempre de reojo; enemistad abierta cuando el triunvirato se escindió y Nerón mantuvo, ay, la fidelidad a Marco Antonio.

Y defendió Perusia por él.

Por él y contra Octavio.

Perusia...

Es la segunda vez que la cabeza se le va hoy a la ciudad de ominosos recuerdos. Debe de ser porque la evocación casa con el espíritu ceniciento que le marca el paso desde que ha vuelto a Roma, desde que ha cambiado el exilio por esto que tiene ahora, esta soledad.

Nunca mejor dicho: casa.

Se le escapa una sonrisilla por la triste ocurrencia.

La cabeza, sin embargo, enseguida se le enturbia de nuevo con gemidos y con hambre y con miseria.

Con Perugia.

Porque una cosa es la batalla, el fragor espantoso del choque del metal y de los hombres y de las cabalgaduras, los gritos y la polvareda y la sangre por todas partes, la danza terrible que otorga gloria o muerte o cicatrices; una cosa es eso, el espanto concretísimo, y otra muy diferente, por contraria, es el asedio taimado y silencioso, esa asfixia inacabable que no esperaba piedad y que no la obtuvo.

En ocasiones, por las noches, aún se despierta sudando al creer que está dentro de las murallas etruscas de la ciudad maldita, que tendrá que atravesar sus calles y soportar la espantosa visión, los ojos sin pestañas, las mejillas enjutas, el dedo de aquella mujer señalando al arrogante cónsul Lucio Antonio y maldiciéndolo en nombre del hijo muerto, que parecía una matrona respetable y de tristeza nobilísima hasta que sacó de debajo de los pliegues de la estola el cuerpo desnudo, inerte, azul, de una criatura y lo alzó con ambas manos a modo de ofrenda y chilló que este es mi Aulo que nada temía y que no hay nodrizas y que el mundo es estéril y comemos ratas.

La apartaron de mala manera. No les costó nada porque estaba hecha entera de ramitas y porque nadie respondió por ella. Y porque nunca les cuesta, después de todo. Pero aquella mujer arrodillada en la calle enfangada de Perugia, las mejillas sucias de lágrimas y de lodo, se le ha quedado grabada en la memoria como un presagio funesto de la vida que le queda.

Silencio.

Puede que no sea nuevo, pero justo ahora repara en ello, que hay silencio, y se da cuenta del tiempo que seguramente lleva fuera de la fiesta, y de la necesidad que tiene de dejarse ver otra vez. Que todo el mundo pueda constatar la presencia de Nerón allí, muy cerca del matrimonio que los pontífices han legitimado y que la ciudad entera celebra. Allí, y que se entienda perfectamente que el traspaso es natural y acordado y pacífico. Como si en algún lugar hubiese alternativa. Como si alguna vez la hubiese habido. Como si después de rendida la ciudad, este mismo Octavio que ahora se congratula y se ríe y toma la mano de su mujer y la besa tiernamente en espectáculo no hubiese ordenado el saqueo e incendio de la desdichada Perusia, tan magra de todo, tan desolada después de dos meses de sitio feroz.

Ese sentimiento amargo de dejar sola la ciudad y a merced de Octavio, de escapar y salvarse por los pelos y por haber huido, de huir a Nápoles, de huir a Sicilia, de huir a Acaya y de huir siempre, se le revuelve ahora en lo más profundo de las entrañas.

Ha vuelto con desgana y se tumba en su sitio. Con un gesto de cabeza saluda a Octavio César, toma una copa de vino y dedica al grupo la faceta más abstraída de sí mismo. A nadie sorprenderá que hoy Nerón no salga con chistes ni ocurrencias y se retraiga en una actitud taciturna: aunque la ocasión fuese más feliz, no cambiaría mucho el semblante. Él es así. Callado. Reservado.

Y ahora, además, tiene en el espíritu sombrío la dolorosa convicción de que lo que está viviendo es otra expresión de su falta, que siempre es la misma: ha cedido a su esposa como rindió Perusia y como ha permitido que

la República quede reducida a lo que le espera y que ya se prefigura en los ojos ávidos del triunviro.

Nada de lo que fuimos permanecerá, musita para sus adentros, y vuelve a clavar la mirada en Livia y no encuentra consuelo en ella. Al contrario. Le detecta ahora una belleza hiriente, un decir en el vientre llevo al hijo que será perspicaz como yo y férreo como su padre y alto como su hermano. El hijo que ya crecerá al amparo del hombre más poderoso de Roma. Del mundo.

Y centellea.

Nerón ya no sabe si es simple efecto de su ofuscada cabeza o del vino, del aire denso que se enrarece en la estancia demasiado llena, pero ve y oye y constata que Livia resplandece. Que da luz.

Como una estrella, sí.